



	N.º S.ª de Guadalupe	Mínimas	
Domingo 28	II DOMINGO DE CUARESMA 1ª Clase	7:30, 9:00, 10:30: misa rezada; 12:00: Misa cantada. Consultar por misas en el Priorato	08:00 Misa cantada 09:30 Misa Rezada 11:00 Misa Instituto
Lunes 1	FERIA DE CUARESMA. 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Martes 2	FERIA DE CUARESMA. 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Miércoles 3	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Jueves 4	FERIA DE CUARESMA. 3ª Clase San Casimiro, Rey y Cf. y San Lucio I, Papa y Mr.	17:00 Hora Santa por las vocaciones 18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Viernes 5	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase Primer viernes	18:00 Hora Santa 18:00 pm Misa Cantada	07:30 Misa Cantada
Sábado 6	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase Primer sábado	Catecismo: 4 pm 18:00 Misa Cantada	07:30 Misa Cantada
Domingo 7	III DOMINGO DE CUARESMA 1ª Clase	7:30, 9:00, 10:30: misa rezada; 12:00: Misa cantada	08:00 Misa Rezada 09:30 Misa Rezada 11:00 Misa Instituto
Lunes 8	FERIA DE CUARESMA. 3ª Clase San Juan de Dios, Cf.	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Martes 9	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase Santa Francisca Romana, Viuda	18:00 pm Misa Rezada Tercera Orden	07:30 Misa Rezada
Miércoles 10	FERIA DE CUARESMA. 3ª Clase Los cuarenta Mrs. de Sebaste	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Jueves 11	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Viernes 12	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase San Gregorio Magno, Papa y Dr.	18:00 pm Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Sábado 13	FERIA DE CUARESMA 3ª Clase	Catecismo: 4 pm 18:00 Misa Cantada	07:30 Misa Rezada
Domingo 14	IV DOMINGO DE CUARESMA 1ª Clase	7:30, 9:00, 10:30: misa rezada; 12:00: Misa cantada. Consultar por misas en el Priorato	08:00 Misa cantada 09:30 Misa Rezada 11:00 Misa Instituto



2º domingo de Cuaresma: de La Cruz a la Luz

LA TRANSFIGURACIÓN

Propone hoy la Santa Madre Iglesia a nuestra consideración un asunto de capital importancia para el tiempo en que estamos. La lección que el Salvador dio un día a tres de sus Apóstoles, nos la aplica a nosotros en este segundo Domingo de la Santa Cuaresma. Esforcémonos por estar más atentos a lo que estuvieron los tres discípulos del Evangelio de hoy cuando su maestro se dignó preferirles a los demás para honrarlos con favor tan señalado.



LA CONDESCENDENCIA DE JESÚS

Preparábase Jesús a pasar de Galilea a Judea para ir a Jerusalén donde debía hallarse en la fiesta de la Pascua. Era esta la última Pascua que iba a comenzar con la inmolación del cordero figurativo y

acabarse con el sacrificio del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Jesús no debía ser ya desconocido a sus discípulos.

Sus obras habían dado testimonio de él a los ojos de los mismos extraños; su palabra de tan calificada autoridad, su bondad tan atractiva, su paciencia en sufrir la grosería de los hombres que se había escogido por compañeros; todo debió contribuir a unírseles a él hasta la muerte. Habían oído a Pedro, uno de ellos, declarar por inspiración divina que era Jesús el Cristo, el Hijo de Dios vivo [Mat., XVI, 16]; la prueba, sin embargo, que se les venía encima iba a ser tan espantosa, dada su flaqueza, que Jesús quiso antes de someterles a ella procurarles un último socorro para armarles contra la tentación.

EL ESCÁNDALO DE LA CRUZ

No sólo para la Sinagoga,

desgraciadamente, iba a ser la Cruz motivo de escándalo [I Cor., I, 23]; Jesús en la última Cena decía delante de sus apóstoles reunidos en torno suyo: "Todos os escandalizaréis esta noche por mi causa" [Mat. 16,31]. ¡Qué prueba cruel para hombres carnales como ellos el verle arrastrado y cargado de cadenas por mano de soldados, conducido de un tribunal a otro, sin pensar en defenderse; el ver salir adelante aquella conspiración de pontífices y fariseos tan frecuentemente confundidos por la cordura de Jesús y el brillo de sus milagros; ver al pueblo que poco antes gritaba Hosanna, reclamar apasionadamente su muerte; verle finalmente expirar en patíbulo infame entre dos ladrones y servir de trofeo a los odios reconcentrados de sus enemigos! ¿No se desalentarán a la vista de tantas humillaciones y sufrimientos esos hombres que desde hace tres años siguen sus pasos? ¿Se acordarán de cuanto han visto y oído? ¿El pavor y cobardía no paralizarán sus almas el día en que se cumplan las profecías que les hizo sobre su persona? Jesús, no obstante quiere ensayar un último esfuerzo en tres de ellos que le son especialmente queridos: Pedro, a quien ha hecho fundamento de su futura Iglesia, Santiago, el hijo del trueno, que será el primer mártir en el colegio apostólico, y Juan su hermano, que es llamado el discípulo amado. Jesús quiere tomarlos aparte y mostrarles por unos instantes el esplendor de la gloria que oculta a los ojos de los mortales hasta el día de la

manifestación.

LA TRANSFIGURACIÓN

Deja, pues, a los otros discípulos en la llanura cerca de Nazareth, y se dirige con los tres escogidos hacia una alta montaña llamada Tabor, que se encadena a las estribaciones del Líbano de que el salmista nos dice que debía exultar al nombre del Señor [Sal. 88,13]. Apenas llega Jesús a la cima de esta montaña, de repente desaparece su mortal aspecto a los ojos maravillados de los tres Apóstoles; su cara resplandece como el sol, sus vestidos brillan con la blancura deslumbrante de la nieve. Dos personajes inesperados están allí ante los Apóstoles y platican con su Maestro sobre los sufrimientos que le esperan en Jerusalén. Son Moisés, el legislador, coronado de rayos y Elías el profeta arrebatado en un carro de fuego, sin pasar por la muerte. Estos dos grandes potentados de la religión mosaica—la Ley y la Profecía—se inclinan humildemente delante de Jesús de Nazareth. Y no sólo los ojos de los tres apóstoles son iluminados del resplandor que rodea a su Maestro y sale de Él, sino que sus corazones se ven sobrecogidos de vivo sentimiento de felicidad que les encadena a la tierra. Pedro no quiere ya bajar de la montaña; con Jesús, con Moisés y Elías quiere sentar allí sus reales. Y para que nada faltara a esta escena en que las grandezas de la humanidad de Jesús se manifiestan a los apóstoles, el testimonio del Padre celestial sale de una nube luminosa que acaba de cubrir la cima del Tabor, y oyen

proclamar a Dios que Jesús es su hijo eterno.

Este instante de gloria para el Hijo del hombre duró poco; su misión de sufrimientos y humillaciones le llamaba a Jerusalén. Retiró, pues, dentro de sí ese resplandor sobrenatural; y cuando volvió en sí a los apóstoles a

quienes la voz del Padre había dejado como anonadados, ya no vieron más que a su Maestro. La nube luminosa desde la que había resonado la palabra de Dios se había desvanecido. Moisés y Elías habían desaparecido. ¿Recordarán siquiera lo que vieron y oyeron esos hombres honrados con tan insigne favor? ¿Quedará en adelante impresa en su memoria la divinidad de Jesús? Cuando llegue la hora de la prueba, ¿no desconfiarán, por ventura, de su divina misión? ¿No se escandalizarán de su humillación voluntaria? Los relatos evangélicos que siguen nos contestarán.

BONDAD DE JESÚS Y FLAQUEZA DE LOS APÓSTOLES

De este modo acudía Jesús en ayuda de sus Apóstoles en vísperas de la prueba, y quería estampar profundamente su imagen gloriosa en sus almas, previendo el día en que el ojo carnal no vería en él más

que flaqueza e ignominia. ¡Oh previsión de la gracia divina, que jamás falta al hombre y que justifica siempre la bondad y justicia de Dios! Hemos pecado como los Apóstoles, y como ellos hemos desaprovechado la ayuda que el cielo nos deparaba, hemos cerrado voluntariamente los ojos a la luz y olvidado el



resplandor que nos había antes extasiado, y hemos caído de bruces.

No hemos, pues, sido tentados por encima de nuestras fuerzas y nuestros pecados nos son en verdad cosa propia. Los tres apóstoles se vieron expuestos a tentación violenta el día en que su Maestro pareció haber perdido toda su grandeza, les era, no obstante,

fácil fortalecerse con un recuerdo glorioso y reciente. Olvidados de esto se entregaron al desaliento, y no pensaron en reanimar su fortaleza con la oración; y los testigos afortunados del Tabor se mostraron cobardes y desleales en el Huerto de los Olivos. No les quedó más remedio que echar mano a la clemencia cuando triunfó de sus despreciables enemigos; y lograron el perdón del corazón generoso de su Maestro:

Fuente: GUERANGER, El Año Litúrgico.